



TEMAS DE EQUIPO

Congregaciones Marianas de la Asunción

CREO EN LA IGLESIA. “Y SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA” (Mt. 16 ¹⁸)

Octubre 2016

TEMA 1. “YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS HASTA EL FIN DEL MUNDO” (Mt. 28 ²⁰)

1. PRESENTACIÓN

Ha quedado clavada en el corazón de la Iglesia, esta frase de Jesucristo como final y rúbrica solemne del Evangelio de San Mateo; y el Señor cumple su Palabra: Realmente está con nosotros “*hasta el fin del mundo*”.

Y el modo inimaginable de hacerlo ha sido prolongando su presencia-acción a través de los tiempos y los espacios en su Cuerpo místico que es la gran familia de los creyentes en Jesús, el Señor.

El Jubileo del año 2000 nos hizo vivir el **ACONTECIMIENTO** más importante de toda la historia humana: la aparición en nuestra tierra de la Palabra eterna del Padre. San Juan lo proclama emocionadamente ya en el comienzo de su Evangelio como la noticia más sensacional jamás anunciada:

- Jn. 1 ¹⁴: “*El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros*”.

Por eso, es fundamental que dediquemos este curso a asimilar y a hacer vida en nosotros el hecho de que Jesucristo sigue presente en su Iglesia, y algunas de las cualidades con que Él dotó a la que San Pablo, los Santos Padres, la liturgia y los Papas han denominado “la verdadera Esposa de Cristo”.

- Efes 5 ²⁵⁻²⁷: “... *Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla (...) y presentársela resplande-*

ciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada (...) Gran misterio es éste (el matrimonio) lo digo respecto a Cristo y la Iglesia”.

- No pretendemos hacer un tratado completo de eclesiología (cosa por otra parte imposible) sino intentar que la fe que profesamos se haga más consciente, más gozosa, y sobre todos, que esa fe sea amor, amor semejante al de Jesucristo por su Iglesia. Que asimilemos más hondamente el don que el Señor nos hizo al entregarnos a la Iglesia como madre y maestra.

- Dos incentivos para abordar nuestro estudio con entusiasmo: Primero, el amor apasionado que los innumerables santos a través de todos los siglos, han profesado a la Iglesia y el fervor audaz con que la han defendido hasta dar la sangre. Segundo, el hecho del ataque de que hoy es víctima en innumerables frentes con todas las armas, incluido el martirio, el ridículo y la calumnia.

2. ¿QUÉ SIGNIFICA “CREO EN LA IGLESIA”?

¡Cuántas veces habremos pronunciado estas palabras del *Credo* de manera rutinaria o inconsciente! Tal vez muy raramente hayamos considerado el privilegio de proclamar con la liturgia, insertados en la riada multiseccular de tantos fieles, teólogos, santos, concilios... la fe en la Iglesia con esta idéntica expresión.

Digamos, sintetizando de momento, que creer en la Iglesia significa creer que Jesucristo es el Mesías esperado durante siglos, legado divino, ministro plenipotenciario del Padre, porque es su Hijo eterno hecho Hombre, que instituye una familia, sociedad de discípulos, fusionados con Él, como los sarmientos con la vid, en comunión de vida y amor, en lo que denominamos Cuerpo místico. Sociedad, que es familia de salvados, redimidos por su pasión, muerte y resurrección, constituidos “*pueblo de la Nueva Alianza en su Sangre*”, destinados a la gloria eterna del cielo. Familia – Sociedad a la

que Jesucristo otorga todos los medios necesarios y convenientes para realizar su finalidad.

Como se ve, creer en la Iglesia es creer en todo el depósito de la fe.

Pero la fe en la Iglesia no es mera aceptación intelectual, sino vinculación afectiva y volitiva que implica un compromiso total y totalizante, una manera de ser y de vivir en identificación con Aquél en quien se cree y a quien se cree. Porque el Cristianismo no es creer en “algo”, sino creer en “Alguien”.

Creer en la Iglesia es afirmar toda nuestra fe. Intentaremos aclararlo en el punto siguiente.

3. LA TRABAZÓN DE LOS DOGMAS

El contenido de la fe cristiana es Dios mismo que se manifiesta en sus obras. Dios es la unidad absoluta, es la perfecta “*comuni6n*” de las TRES divinas Personas en su ÚNICA Substancia. De aquí se deriva que nuestra fe constituye una unidad tan íntimamente intertrabada que no son separables unos dogmas de otros.

No es posible creer en Jesucristo sin admitir su ser eterno en el seno del Padre, y al mismo tiempo su realidad humana por la Encarnaci6n.

No es posible afirmar la Encarnaci6n del Verbo para redimir a los hombres y hacer de ellos la familia de salvados, sin admitir a la Iglesia que constituye esa familia.

No es posible afirmar la Iglesia sin afirmar la presencia – acci6n santificadora y rectora del Espiritu Santo –.

La Iglesia y Cristo est6n tan inseparablemente vinculados, que cualquier error eclesiol6gico repercute en un error cristol6gico; lo mismo que un error cristol6gico conduce a un error trinitario.

Así lo demuestran las diversas desviaciones que se han dado en la historia.

Dijo San Cipriano: “*No puede reconocer a Dios por Padre quien no reconoce a la Iglesia por madre*”.

Así entendido, resulta absurda la afirmación tan repetida: “*Creo en Jesucristo, pero no creo en la Iglesia*”.

Y esto por dos razones:

1ª.- Por la trabazón de los dogmas. Hay un solo Señor Jesucristo, fundamento y eje de la fe cristiana, Dios Hombre, que instituyó la Iglesia, la amó y se entregó a la muerte por ella, totalmente inseparable de ella, como la cabeza es inseparable del cuerpo. Algunos textos:

- Efes. 5 25: “*Cristo amó la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella*”.
- Efes. 1 22-23: El Padre “*bajo sus pies (de Cristo) sometió todas las cosas, y lo constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo....*”
- Col. 1 18: “*Él es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia*”.

2ª.- Porque la fe en la Iglesia se encuentra en todos los símbolos que desde el principio universalmente han confesado los cristianos. Advirtamos que los símbolos primitivos eran mucho más simples y escuetos que el actual, y que, a pesar de su laconismo, siempre proclamaron, junto con la Trinidad, la verdad de la Iglesia. Se deduce de aquí que la afirmación de la fe en esta Comunidad de salvados fue considerada desde el primer momento elemento clave y esencial de la fe cristiana.

4. LOS SÍMBOLOS DE LA FE

Con el nombre de “símbolo” designó la primitiva Iglesia la profesión de fe que hoy llamamos “Credo”.

Significaba dos cosas: a) Conjunto de verdades que tiene que aceptar el cristiano. B) Contraseña o signo de reconocimiento de quien cree en Cristo Jesús como Mesías y como Dios.

Estos símbolos aparecieron inmediatamente por una doble razón en conexión con los dos aspectos citados:

a) Son regla de fe. Los Apóstoles vieron la necesidad de concretar en fórmulas breves y precisas lo más fundamental de la predicación, expuesta por ellos en sus catequesis. S. Pablo, por ejemplo, al enseñar el misterio de la Resurrección, usa un símbolo ya existente:

- 1 Cor. 15 ³⁻⁴: “Yo os he transmitido lo que a mi vez recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras....”

b) Signo de reconocimiento. Antes de conferir el bautismo, se pedía a los catecúmenos una profesión de fe en las verdades fundamentales de nuestra religión. Sirva de ejemplo el pasaje de Felipe y el eunuco:

- Hech. 8 ³⁶⁻³⁹: “... El eunuco dijo: ‘Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?’. Dijo Felipe: ‘Si crees de todo corazón, es posible’. Respondió él: ‘Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios’...”.

Los símbolos provienen de los mismos Apóstoles, y fueron anteriores al Evangelio.

S. Ireneo de Lyon (s. II) escribe: “Si los Apóstoles no hubieran dejado ningún escrito, habría que seguir la regla de fe que ellos entregaron a quienes confiaron la dirección de las iglesias”.

El que las primitivas fórmulas de fe sean tan escuetas es prueba de su antigüedad.

S. Ignacio de Antioquía (finales del s.I) expone símbolos de fe que son anteriores a él. Un ejemplo: “... (Jesucristo) Hijo de Dios (...) nacido verdaderamente de una virgen (...) clavado en la cruz bajo Poncio Pilato (...) de cuyo fruto somos nosotros (...) anudados en un solo cuerpo de su Iglesia”.

En Roma se proclamaba desde muy antiguo el llamado “Símbolo de los Apóstoles”.

El Papa S. Siricio escribe el año 395: “Créase el Símbolo de los Apóstoles que la Iglesia romana ha guardado siempre y conserva inmaculado”.

No es demostrable que este símbolo lo compusieran literalmente los Apóstoles, pero sí que expresa la doctrina que ellos transmitieron. En él se afirma la fe en la Iglesia.

Los múltiples símbolos posteriores no son sino desarrollo y explicación de las verdades contenidas en los precedentes.

5. EL RECHAZO DE LA IGLESIA

No es exagerado afirmar que se trata de un fenómeno característico de nuestro tiempo.

Por supuesto que siempre ha habido quienes han rechazado a la Iglesia. Pero hoy ha surgido lo que Maritain llamó la “herejía inmanente”. Anteriormente quien disentía de la Iglesia se separaba de ella para ponerse “desde fuera”; hoy es frecuente en quienes niegan puntos fundamentales de la fe, decir que son católicos, y oponerse “desde dentro”. Ésa es la “herejía inmanente”.

Se ha dicho que para algunos la doctrina católica es como un supermercado en el que cada uno elige los productos que le apetecen y deja aquellos que por diversas razones, no le agradan.

Una de estas manifestaciones es lo que Rostand calificó como el fenómeno del “tercer hombre”. Significa con este término que frente al “fiel creyente” (en sentido tradicional) que sería “el primer hombre”, y a quienes niegan el Catolicismo de diversas formas (“segundo hombre”), aparece quien, profesándose católico, formula su creencia como “Cristo sí, Iglesia no” (tercer hombre”).

6. POSIBLES CAUSAS DEL FENÓMENO “TERCER HOMBRE”

Sería muy extenso analizar estas causas exhaustivamente. Nos limitamos a las que parecen más frecuentes. Desde luego no consideramos a los ateos, agnósticos o seguidores de otras confesio-

nes. Nos detendremos exclusivamente en el “católico” que llamamos “tercer hombre”.

• **Ignorancia:** Desconocimiento de la fe, de la trabazón de los dogmas (ya indicado), de que el cristo histórico se proyecta inevitablemente en el Cristo místico, de que Jesucristo otorgó a su Iglesia los elementos necesarios para realizar la misión que le encomendó, de que se le pide al Iglesia cambios que no están en su poder por tratarse de derecho divino o de ley natural.... La lista de los errores que provienen de ignorancia es interminable.

• **Anticlericalismo:** Muchos identifican la Iglesia con “los curas”. Se denominan “anti eclesiales” quienes en realidad son “anticlericales”. Si tienen mala experiencia de algunos sacerdotes o se dejan llevar de frases hechas en contra del clero, las “riquezas del Vaticano”, etc..... Lo proyectan en la Iglesia, sin considerar que iglesia es todo bautizado, que todos los fieles (ellos también) tienen que dar testimonio de cristianos, y sobre todo, que Cristo instituyó su Iglesia sobre hombres con todas sus limitaciones y para curarnos de espanto, soportó que un Apóstol lo traicionara y lo vendiera, que el primer Papa, Pedro, lo negara tres veces, y que los demás lo abandonaran en el momento del prendimiento.

• **Radicalismo:** Hay cosas que la Iglesia puede, e incluso debe cambiar según circunstancias y necesidades; hay cosas que no puede cambiar sin traicionarse a sí misma y a su Fundador. Algunos radicales se cierran a cualquier cambio; se oyó decir después del Concilio Vaticano ante las nuevas normas del ayuno eucarístico: “Aunque el Papa mande lo que no debe, yo seguiré como siempre, allá él si quiere condenarse”. Otros cambiarían todo o mucho, aun cosas fundamentales, según su parecer. Son dos formas de radicalismo del todo inconsciente, origen de muchos daños por no distinguir entre esencial y accidental. Ya se advierte la conexión e esta postura con la ignorancia.

• **Autosuficiencia:** Muy vinculada con lo anterior. Es no valorar ni la tradición ni el acervo doctrinal de siglos que se ha acumulado en la Iglesia por Concilios, Papas y hombres eminentes en sabiduría y santidad. Unos son como “iluminados” que dictaminan, y otros ingenuos que se dejan convencer por los “iluminados”, “listos” y “sabios” que, por estudiar mucho, piensan que han descubierto la verdad (¡por fin!), sin considerar que la penetración en la fe no es prebenda de los inteligentes, sino de los humildes y de aquéllos a quienes el Padre se lo quiera revelar (Ver Mt. 22 25-27). El Espíritu lo enseña y lo manifiesta a la Iglesia, maestra de la Verdad, no en virtud de sabiduría humana, sino del Sabiduría que proviene de Dios.

• **Subjetivismo e independencia:** Presenta múltiples formas. Señalaremos algunas: a) Afirmación del derecho a “entenderse a solas y directamente con Dios” sin necesidad de intermediarios, como la Iglesia. B) Considerarse “mayor de edad” para que nadie le tenga que decir lo que debe hacer o creer. De aquí el “libre examen”. c) Mantener que la propia conciencia es el último criterio de moralidad, lo cual es verdad, pero hay que entender la conciencia que se esmera en formar, y no la que decide por sí y antes sí. Sin esta previa formación, la ignorancia es culpable. d) Rechazo instintivo a todo género de dogmatismo como lesivo de la libertad. También casi todas estas actitudes entrañan buena dosis de ignorancia

• **La vuelta al puro Evangelio:** Es el deseo de eliminar aditamentos posteriores (la Iglesia o muchos de sus aspectos) que consideran como excrescencias añadidas al cristianismo. Esta postura comete tres errores. A) Olvido de que en el Evangelio está claramente presente la Iglesia (lo veremos en diversos temas) con las características que Jesús les señala y otorga. b) Que, a pesar de errores y fallos humanos, el Espíritu Santo ha dirigido a la iglesia a través de la historia, como el Señor prometió, llevándola a la Verdad completa”. (Ver Jn. 16 ¹³). c) El estudio y elaboración del Evangelio y sus verdades supone un

enriquecimiento inestimable, una iluminación, una respuesta a las múltiples desviaciones a lo largo de la historia, una aclaración y precisión de la doctrina, hasta tal grado, que abandonarlas sería como reducir un adulto a estado embrionario o rechazar toda ciencia para volver a la situación, más auténtica, del hombre primitivo.

7. ACTITUD CORRECTA

Lógicamente el hombre maduro debe primero preguntarse seriamente (seriamente porque la aceptación o rechazo de la Iglesia es un asunto serio y grave), y buscar la respuesta, de cuál debe ser la actitud adecuada ante la Iglesia. Sobre todo, si se encuentra la definitiva afirmación de Cristo con que se clausura el Evangelio de S. Marcos:

- Mc. 16 15-16: *“Id por todo el mundo y predicad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará”.*

Notemos que ser bautizado significa el ingreso en la Iglesia.

El hombre consciente trata de aclarar si efectivamente Dios exige la pertenencia a la Iglesia, con qué grado de obligación, de qué modo y por qué, hasta qué punto de sumisión y obediencia, etc.

El hombre sensato se pregunta con sinceridad si conoce suficientemente a la Iglesia; con la indispensable profundidad, es decir, no de modo superficial; se informa sobre su origen, su finalidad, su razón de ser, sus medios, su Fundador, las bases teológicas de su existencia, lo más importante de su trayectoria histórica....

Se pregunta de qué manera realiza su misión. La realidad de sus fallos y deficiencias, lo que hay de verdad y lo que hay de malinterpretación o de calumnia, y hasta qué extremo esos males la desvirtúan o inutilizan.

Mientras no tenga una respuesta suficiente a esos interrogantes, no procede de modo racional quien rechaza a la Iglesia o la ignora. Insistamos en que en todos estos puntos nos referimos al “tercer

hombre”, es decir al que se profesa católico pero rechaza la Iglesia o la desobedece.

Si la investigación se efectúa de modo serio, con suficiente profundidad, se llega al asombro de la maravilla que es la Iglesia en su aspecto teológico; de la genialidad de Cristo al prolongarse a través de los siglos en lo que es su Cuerpo místico; de haber escogido el pobre barro humano para realizar prodigios admirables; de las obras que ha efectuado en el mundo con elementos tan ‘pobres e inadecuados para tan alta misión, con el fin de dejar constancia de que todo es obra del Espíritu Santo; de las sublimidades de santidad a las que han llegado infinidad de hombres y mujeres de todos los tiempos; del misterio de la pervivencia de la Comunidad de salvados, a pesar de tremendas dificultades internas y externas, de horribles persecuciones de todo género; y sobre todo, del Amor y Misericordia que Dios ha derrochado sobre el mundo entero estableciendo este “enclave” de salvación y santidad en nuestro tiempo y nuestro espacio.

Estas realidades nos llevarían imparablemente a un amor apasionado a Dios y a la Iglesia. Fruto de todo lo dicho sería leer y meditar lo que un intrépido y apasionado enamora de Cristo y de su Iglesia, Ignacio de Loyola, nos dejó: “Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener”. (Ejercicios Espirituales nn. 352 al 370).

COLOQUIO

- A. ¿Te parece oportuna la temática de este curso? ¿Por qué si o por qué no? ¿Qué motivos pueden influirte más para su estudio?
(1)
- B. ¿Qué entendías y qué entiendes cuando afirmas “creo en la Iglesia”? (2)

C. Haz alguna reflexión sobre la importancia de la fe en la Iglesia por la trabazón de los dogmas y por la constante afirmación de los símbolos (3 y 4)

D. ¿Eres consciente del actual rechazo a la Iglesia? ¿Cuál es tu criterio y tu postura? (5)

E. De las causas indicadas en este capítulo, ¿cuáles consideras más importantes señalar? Razónalo. (6)

F. Resume lo que entiendes que debe ser la actitud correcta ante la Iglesia. (7)

G. Aplicaciones prácticas a nuestra vida.